

ROSA DEL JARDÍN

PROHIBIDO

(comedia cruel)

La acción transcurre alternativamente en un bar nocturno de baja nota y en un apartamento. Bien pudiera aprovecharse la ubicación coincidente de algunos muebles en el escenario.

J A V I E R G I L D I E Z - C O N D E

Nº de colegiado de la A.C.E (A.A.T., sección autónoma): 1593

Nº de socio miembro adherido de la S.G.A.E.: 61134

P E R S O N A J E S

Mujer atractiva y misteriosa (puede representarse por el mismo actor que haga de Evelino)

Julio

Evelino

Rosa (Es decir: Evelino travestido)

Opcional:

Camarero

Damas busconas de la noche

Esta comedia se presentó al público como lectura dramatizada el 31 de Marzo de 1999, en el Teatro Arriaga de Bilbao, con motivo del Día Mundial del Teatro y dentro de los ciclos de lecturas organizados por la A.A.T., con arreglo al siguiente reparto:

Julio.....Martín Llade

Evelino.....Jon Ezkurdia

Narrador.....Unai García

Piano.....Óscar Ávila

Dirección.....El Autor

Escena primera

*Luna de jarana, fracaso y derrota. La madriguera de curdas, apenas iluminada, cobija los vestigios de la noche. Allí, la imagen patética de **un hombre** en ademán peliculero. Sus miradas, sus gestos y hasta el modo de asir el vaso, apuntan a una mala interpretación de personaje perdedor, traspasado quizá por alguna frustrada pasión, algún amor desgraciado, alguna penilla del alma... pero nada parece auténtico. Todo lo más, calculadas poses para alimento de la autocompasión.*

A una señal imperiosa, aunque aparentemente desganada, de los dedos que sostienen el vaso, suena la melodía que le faltaba a nuestro falso héroe para recrear el adecuado clima cinematográfico.

*Mientras rumia, cabizbajo, su propia ruina interna con muecas que, más que ocultarla, parece que la proclaman a los cuatro vientos, va surgiendo de la penumbra la misteriosa figura de una **atractiva mujer**. Muévase con elegante parsimonia, con calculado desdén. Llega a sentarse justo en frente de nuestro afectado héroe. Cabello, vestido, medias de seda y tacones finos, ademán insinuante, cruce provocador de piernas... ¡todo en ella forma un tópico y manido conjunto de fatalista sofisticación! Diríase un fotograma escapado no se sabe muy bien de qué conocida película de serie negra.*

Él, como sin saber por qué pero con muy torpe disimulo, va fijándose en todos los detalles que adornan el cuerpo de aquella mujer. Comienza a ponerse nervioso, se turba, se aturulla, trata de esconderse tras un largo trasiego que pretende ser seductor pero... ¡acaba abriendo tontamente la boca sin despegar sus ojos de aquellas piernas! No advierte la inclinación del vaso y deja derramar su contenido. Al percatarse de ello, se sobresalta hasta soltarlo, cayendo al suelo con estrépito. Tiene las manos tan mojadas de alcohol como su estómago. Se levanta confundido, acelerado, sin saber qué hacer. Busca un pañuelo pero su turbación le impide encontrarlo. No tiene más remedio que secarse con la pernera de su

pantalón y disimular. Como aún le sobra humedad en las manos, aprovecha para atusarse malamente el cabello y recomponer así su maltrecha imagen. Dispuesto al ataque, se decide a avanzar un paso con tan poca fortuna que, al no advertir la presencia de un asiento, tropieza torpemente con él, quedando como colgado de bruces y mirando extasiado la enigmática figura de aquella atractiva mujer. Esta se levanta y comienza a caminar con la misma parsimonia y calculado desdén con que llegó... hasta desaparecer por completo.

Allí, con el brazo extendido, como tratando de alcanzar lo imposible, permanece el intrépido seductor, patéticamente solo.

Escena segunda

*La misma persona, atendiendo ya al nombre de **Julio**, en semejante postura. La progresiva iluminación, sin embargo, nos revela un lugar muy diferente. Diríase un apartamento modesto pero con personalidad: un par de originales y acertados detalles decorativos, además de los indispensables muebles, junto a algunos toques de controlado desorden.*

JULIO – *(en voz alta y grandilocuente. Parece hablar con alguien al que todavía no vemos)* Y tal que así me quedé: con el brazo extendido y apuntando el dedo a la quimérica Antilla, como Cristóbal Colón. Tratando de alcanzar lo inalcanzable, el sueño imposible de todo caballero de fortuna: las fuentes de la especería... ¡y la conquista de Eldorado! *(puesto en pie casi de un brinco)* ¡A por Eldorado! ¿Qué te parece eso, Evelino? ¡Al filo de la madurez y hecho un chaval con ganas de guerra! ¡Tenías que haberla visto! ¡Era una diosa envuelta en su nube!, ¡una tierra virgen esperando ser descubierta!, ¡la California ignota que aguarda con sus tesoros tras la “derrota del Ocaso”! ¿Te das cuenta, Evelino? “La derrota del Ocaso” por “la ruta de Occidente”. Tiene su miga el juego de palabras: la ruta, que se va haciendo “de-rro-ta”; y el desconocido Poniente, que se revela al fin como ¡muerte! Que ya lo dice su étimo latino: “occido-is-ere”, caer o morir; y su participio pasivo “ocassum”, es decir, caída o muerte. Habría que hacer una película sobre Cristóbal Colón con ese título: “la derrota del Ocaso”. Aunque quizás quedara más comercial “la ruta de la muerte” ¿Tú qué opinas, Evelino? ¿No crees que resultaría... verdaderamente “estremecedor”?... ¿Evelino? *(avanza un par de metros hasta el extremo opuesto)* ¡Evelino!, ¿me oyes?... ¡Evelino!

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Te oigo, Julito! Pero entre la ducha y la radio que suena por ahí ¡no entiendo bien lo que dices!

JULIO - ¿La radio?, ¿qué radio?

EVELINO – *(desde dentro)* No sé. Una que suena por ahí. Debe de tratarse de un programa cultureta de esos coñazo, sobre Cristóbal Colón y no sé qué de una ruta tan pesada que al final consigue que todos mueran de puro aburrimiento.

JULIO – *(levemente contrariado)* No era la radio. Era yo.

EVELINO – *(desde dentro)* Perdona, chico, pero como ladrabas en latín, que ya ni en el Vaticano lo chamullan...

JULIO – Sólo trataba de ilustrar con una cita histórica mi desafortunada aventura. Y por mera asociación de ideas fui a dar en Cristóbal Colón; que, dicho sea de paso, murió sin conseguir su propósito: alcanzar por Occidente la isla de Cipango y los dominios del Gran Khan. ¡El pobre Colón!... tenía la cabeza llena de pájaros de tanto leer a Marco Polo y sus historias sobre la fabulosa Khambalik, la capital de la China dominada entonces por los mongoles y más conocida como Cathay. ¡La lejana y misteriosa Cathay!... Por cierto: ¿sabías que Marco Polo fue el que enseñó a comer “spaghetti” a los italianos? Parece de coña, pero esta vez los yanquis acertaron con aquella película... ¿cómo se titulaba?... Bueno, es igual... el caso es que Gary Cooper, como Marco Polo, viendo aquellas cosas alargadas y blanquecinas, las tomó por culebras, *(riendo)* ¡culebras!, ¿qué te parece?: ¡el italiano que toma los “spaghetti” por culebras!...

EVELINO – *(desde dentro, alzando más la voz)* ¡Oye, Julio querido!, ¿seguro que no está encendida la radio?

JULIO – *(para sí, apenas perceptible)* Ya estamos jodiendo la marrana... *(alzando la voz. Irónico)* ¡Tenías razón!: ¡es el programa de alfabetización urgente para casos desesperados!

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Ay, qué gracia! ¡Yo pensé que era el de “viejas glorias del cine de posguerra”!

JULIO – *(irónico)* Pues mira: ahora que lo dices, ¡sí! ¡Me encanta y voy a subir el volumen para que tú también puedas disfrutarlo!

EVELINO – *(aún desde dentro)* ¡No es necesario, precioso! ¡Ahora mismito estoy contigo!

JULIO – *(se precipita hacia el asiento en que inició la escena y ensaya la misma postura. Afectando la voz)* Y tal que así me quedé: con el brazo extendido y apuntando a la quimérica Antilla, como Cristóbal Colón...

EVELINO – *(saliendo envuelto en una vistosa bata)* Pero Julio... ¿se puede saber qué coños estás haciendo?

JULIO – *(exaltado)* ¡Calla, despreciable prosaico!, ¡y admira la postración de un hombre extasiado ante la fuerza irresistible de la feminidad absoluta, armada con sus más fieros atributos!

EVELINO – Pues, ¡hijo!, ¡cualquiera diría que estás aprendiendo a nadar en seco!

JULIO – *(incorporándose)* ¡Silencio!, ¡promiscuo cultivador del vicio nefando!... y escucha la música salvaje de sexo más opuesto que jamás se haya imaginado... ¡Tenías que haberla visto!: ¡qué cruce de piernas! ¡Todavía siento en mis oídos el “fru-fru” de sus medias al deslizarse!... en mi retina: ¡la visión de sus rodillas brillantes!... *(Evelino, aburrido, se sienta donde puede)* ¡la curva abultada de sus caderas, marcada por aquella falda que le ceñía la cintura como si fuera a explotarle medio cuerpo!... ¡la largura de sus piernas al incorporarse!... ¡y aquel taconeo preciso y rotundo de sus pasos al caminar!... *(quédase con el brazo extendido, señalando la supuesta dirección por donde se fuera la misteriosa mujer)*

EVELINO – *(haciendo la cuenta de la vieja con los dedos)* Piernas... rodillas... cadera... cintura... ¿Eso es todo? ¿Más arriba no tenía nada? ¿Ni manos, ni rostro, ni cabello?...

JULIO – La verdad... ¡no me fijé mucho! Pero... ¡supongo que sí!, ¡como todas!

EVELINO – Más vale, porque si no... ¡menudo monstruito!

JULIO - ¡Semejantes piernas no pueden sugerir ningún monstruo! ¡Mi experiencia no me engaña!

EVELINO - ¡Ja!, ¡tu experiencia! No me hagas reír. ¿Experiencia en qué?: ¡en desastres!

JULIO – Porque soy un incomprendido.

EVELINO – Eso a mí no me lo cuentes. Cuéntaselo más bien... a tus... “amiguitas” con las que te lías... ¡que luego todas acaban echándote de su piso!; ¡por algo será!

JULIO - ¡Porque no saben apreciar mis cualidades!

EVELINO – Ya. Y tú... ¿te preocupas de mostrárselas?

JULIO - ¡Eso es lo malo!: tengo unas cualidades tan “profundas”... ¡que no son fáciles de captar así, a simple vista!

EVELINO - ¡Es comprensible! Si tú apenas levantas la vista por encima de su culo... ¡no esperarás que ellas “profundicen” más allá de tu pellejo!

JULIO – *(señalándole, imperioso, con el dedo)* ¡Escúchame, carahostia!: acabo de sufrir un desengaño, ¡y se supone que somos amigos!

EVELINO - ¡Para lo que te conviene!, o sea, ¡para instalarte en mi casa, cada vez que una de tus amigas te echa de la suya!

JULIO – Será por poco tiempo: ¡acabo de conocer a la mujer de mi vida!

EVELINO - ¡Nada menos!, ¿te lo ha dicho ella?

JULIO – Evelino: además de carahostia, ¡eres un ignorante!

EVELINO – Si no te explicas...

JULIO – Lo vas a ver. *(acércasele, lo toma por los hombros y lo pone en pie. Cogiéndole la mano)* ¡Ven y observa! *(lo arrastra literalmente hasta el asiento anterior)*

EVELINO - ¡Ay, Julito!, ¡suave, que me estás matando!

JULIO – Mira: imagínate que yo estoy ahí sentado.

EVELINO - ¿Ahí?

JULIO – *(sentándose)* Sí, aquí.

EVELINO – Bueno.

JULIO – *(hinchando la dicción)* ¡Totalmente inmerso en mi sufrimiento!, ¡masticando el amargo sabor de la derrota!, ¡el triste consuelo de la íntima soledad!, ¡el frío hielo...

EVELINO - ... del vaso de whisky!

JULIO – *(corrigiéndole con reprobación)* Del desamor, Evelio: ¡el frío hielo del desamor con el que se alimentan, muy a su pesar, los auténticos héroes!

EVELINO – Los héroes... ¡no sé!, pero tú... ¡tú te alimentas de whisky!

JULIO – Vale, como quieras. El caso es que estaba yo ahí... ¿cómo te diría?... con el pitillo cogido “a lo Bogart”... la mirada... endurecida como entre Glenn Ford y Yul Brynner... la mueca atravesada al estilo de Edward G. Robinson; y... ¡bueno! *(sonriendo)*... ¡y el whisky en cantidades como para llenar a Dean Martin!

EVELINO - ¡Por eso sólo veías piernas!

JULIO - ¡Y qué piernas!

EVELINO - ¡Sólo piernas!

JULIO – *(levantándose. Con gesto obsceno)* ¡Rematadas por un soberbio y magnífico culo!

EVELINO – Lo que yo decía: ¡un monstruito!

JULIO - ¡No sea carahostia, Evelino!: ¡por encima lucía un par de tetas así!

EVELINO - ¿Ellas solitas?, ¿así flotando por encima de un culo con piernas?

JULIO - ¡Más que suficiente para atraerme como un imán!

EVELINO - ¡Pues, hijo!: ¡yo que tú, hubiera echado a correr!

JULIO – Tú, ¡desde luego!; porque a ti lo de las tías... ¡ni de familia!

EVELINO – Y las decapitadas, menos.

JULIO – ¿“Decapitadas”?

EVELINO - ¿Recuerdas la imagen de su rostro?, ¿el color de sus ojos?, ¿de su pelo?...

JULIO - ¡Hummm!... ¡casi nada!

EVELINO - ... ¿la delicadeza de sus manos?...

JULIO - ¡Qué sé yo!

EVELINO - ¡Pues ahí lo tienes!: ¡decapitada y manca! Vamos: ¡un horror!

JULIO – Mira, Evelio: lo que pasa es que tú de eso... ¡nada!... o sea... ¡bueno!, quiero decir que...

EVELIO - ¡Venga!, ¡dilo ya de una vez!

JULIO – No es necesario... ¡Tú ya me entiendes!

EVELINO – Claro que te entiendo: ¡quieres decir que soy maricón!

JULIO - ¡Hombre!... yo no lo hubiera dicho así...

EVELINO - ¡Pero lo has pensado!

JULIO - En realidad yo... lo que he pensado es... ¡que te necesito! Tú, de mujeres, no sabrás gran cosa... pero de hombres... ¡eres un experto, ¡un consumado maestro!, ¡una autoridad en la materia!

EVELINO – *(halagado pero sin querer demostrarlo)* ¡Bah, no tanto, no tanto!

JULIO – Hazme caso, Evelio: ¡nadie como tú en “temática masculina”!

EVELINO - ¡Psé!, digamos que... trato de ser amable...

JULIO – *(interrumpiéndole)* ¿Con cualquiera?

EVELINO - ¡Desde luego con cualquiera no me voy!

JULIO - ¡Pues eso!: *(dejando caer muy despacio cada palabra)* ¿qué es lo que esperas tú de un hombre para irte con él?

EVELINO – *(intrigado)* ¿Que... qué es lo que yo...? *(súbitamente)* ¡Ah, no, rico!; si buscas consejos de la madre Celestina, ¡pídeselos a tus amiguitas!

JULIO – Ya no me quedan.

EVELINO – Porque no te aguantan. Pero las has tenido.

JULIO – En realidad... nunca las tuve. Para mí siempre han sido... ¡mis oponentes!

EVELINO – Pues... ¡vete a un consultorio sentimental!... ¡o a un sicólogo!, ¡que hay muchos en el paro y seguro que arden en deseos de conocerte!

JULIO - ¡Ni que fuera un caso patológico!

EVELINO - ¿De veras que no?

JULIO – *(con gran excitación)* ¡Déjate de hostias, Evelino!, ¡que esto es muy serio! ¡Necesito ayuda!

EVELINO – Eso no lo dudo, pero... ¡qué quieres que te diga!... no sé... ¡tal vez no sea yo la persona que tú necesitas!

JULIO - ¡No tengo a nadie!

EVELINO – *(tras un silencio)* ¡En fin!, veremos... ¡qué puedo hacer por ti!

JULIO - ¡Gracias! *(le agarra por los hombros y le da un sonoro beso en la cara)* ¡Eres un amigo!

EVELINO – *(como tambaleándose)* ¡Ay, Julito! ¡Ahora sí que me has convencido! ¡La de cosas que podrías conseguir si las pidieras siempre de ese modo!

JULIO - ¿Tú crees?

EVELINO - ¡Huy!, ¡si yo te contara!...

JULIO – O sea: que en cuanto se presente, ¡me acerco y le planto un beso en todos los morros!

EVELINO - ¡Sí, hombre!: ¿y por qué no la tumbas también ahí mismo?

JULIO - ¿Entonces?

EVELINO - (*llevándose una mano a la barbilla*) ¡Hum!... vamos a ver... (*repasándolo con la vista de arriba abajo*) lo primero... el vestuario. ¡Es muy importante!

JULIO - ¿No voy bien vestido?

EVELINO - ¡Psé!, no es que vayas mal, pero... ¡deberías renovarte algo!

JULIO - ¿Renovarme?

EVELINO - ¡Chico, Julio!: ¿tú te has visto? ¡Si parece que te has fugado de una película de los Bravos!

JULIO - ¡Exagerado!

EVELINO – (*riendo, cantando y bailando*) ¡Black is black!

JULIO - ¡Deja de hacer el carahostia, Evelino! Y dime ya ¡qué coños puedo hacer con mi cuerpo!

EVELINO - ¿A tu edad? Ya te lo he dicho: arreglarte un poco. Mira: ¿qué tal si dedicas la tarde a ir de compras?, ¿eh? Aguarda un momento... (*comienza a rebuscar por toda la casa*) creo que... por aquí las puse... (*encuentra por fin una especie de tarjetas*) ¡Aquí están!, ¡toma! En estas tiendas encontrarás todo lo necesario. Puedes decir que vas de mi parte... bueno... ¡si no te da mucho reparo!

JULIO – No tengo elección.

EVELINO – Pues entonces ¡no se hable más!: te das una vuelta... miras bien los escaparates... te pruebas todo lo que te guste...

JULIO - ¿Todo?

EVELINO - ¡Todo!, ¡que te conozco!, ¡y eres capaz de quedarte con la primera porquería que se pone a tiro!... ¡Ah!: ¡y mucho ojo con las dependientas!

JULIO – (*pícaro*) ¡Yo nunca les quito el ojo!

EVELINO – Y ellas a ti, menos... ¡para enchufarte cualquier saldo del 68! Así que... estate al loro, ¡que mañana tienes que dar el golpe ante la “decapitada”!

JULIO - ¡Esta noche, querrás decir!: ¡no pienso esperar a mañana!

EVELINO - ¡Sí que te ha dado fuerte!

JULIO – (*exagerando*) ¡Es la mujer de mi vida! ¡Esta noche o nunca!

EVELINO – Pero, Julito: ¿y si esta noche no aparece?

JULIO – (*resuelto*) ¡Me encerraré en casa con una botella!

EVELINO - ¡Ni hablar!, ¡que luego te da por contar películas y darme lecciones de Historia! Que sea esta noche... ¡si es que aparece!

JULIO - ¡Tiene que aparecer!, ¡lo presiento!

EVELINO – Y yo presiento que harás el patoso, ¡como siempre!

JULIO - ¡Sabré comportarme!

EVELINO – De momento, lo que tienes que hacer es saber comprar. ¡Anda!: vete ya, que es sábado y estará todo de bote en bote.

JULIO – Como tú digas. (*yéndose*) Ya te contaré mañana cómo me ha ido.

EVELINO - ¿Mañana? (*Julio se detiene*), ¿es que no piensas volver?

JULIO - ¿Para qué perder más tiempo?

EVELINO – Para echarte un vistazo, ¡digo yo!

JULIO - ¡Ah, no!, que luego empiezas a sacarme defectos y me quedo sin ir a... “El jardín de Rosa”

EVELINO - ¿Allí? ¿Y en semejante tugurio...?

JULIO - (*marchándose*) Para mí... ¡como si fuera un palacio! ¡Nos vemos! (*se va*)

Quédase Evelino solo, en actitud pensativa, como rumiando algo que le viene a la cabeza...

Escena tercera

*De aquí para allá y vuelta, constantemente **Evelino** recorre su apartamento. De vez en cuando se detiene, se rasca la cabeza o se pasa la mano por la barbilla, chasquea los dedos y... ¡vuelta a empezar!*

EVELINO - ¡Que no!; ¡que no acaba de entrarme en la cabeza!: no hace ni una semana que le dejó la anterior y... ¡hala!, ¡a ver si pilla otra!, ¡como si fueran saldos! Y digo yo: ¿para qué las querrá tan seguidas si ni las mira a la cara? ¡No le da tiempo! Claro que... ¡mucho que le importa a él la cara de las mujeres! ¡No! Él va a lo que va: ¡derecho al mogollón! Aunque... no sé para qué, ¡si a fin de cuentas todas las mujeres, por ese lado, son muy parecidas!: *(gesticulando con todo el cuerpo)* curva a la izquierda... curva a la derecha... muslo por aquí... pechuga por allá... ¡nada por delante y todo por detrás!... ¡pura monotonía!... Es el adorno, el ropaje, ¡vamos, el envoltorio y nada más que eso lo que marca la diferencia en la mayoría de los casos!: *(transponiéndose como si maquinara algo)* un perfume sensual... un vestido atrevido... unas medias sugerentes... ¡Claro!, ¡eso es!: en realidad Julio no se ha fijado en ninguna mujer en concreto. Incluso, ¡puede que ni exista! Sólo una imagen hecha a base de obsesiones... ¡bueno!, de obsesiones y de whisky, naturalmente, que en el caso de Julio... ¡lo uno siempre va con lo otro!... Pero, si esto es cierto, quiere decir que... ¡hoy no encontrará a ninguna mujer de estas características!, ¡ni mañana tampoco!, ¡ni probablemente nunca!... *(sentándose)* ¡Pobre Julio!, ¡sus días comienzan a ir más deprisa que sus deseos!; ¡y aún cree que puede echarle un freno al tiempo!... *(suspirando)* ¡si de mí dependiera! *(levantándose)* ¡Un momento!: ¿y quién dice que no? Si me lo propusiera... ¡yo podría hacer realidad lo que, por ahora, no es más que un sueño! ¿Qué puede pasar?... al principio poca cosa porque estará borracho, como siempre; ¡y no será capaz de distinguir una mujer de una farola con faldas! Eso sí: al día siguiente me lo contará como su gran aventura, ¡que en el fondo no es más lo que necesita!: ¡satisfacer su

orgullo delante de alguien! Y si por un casual se descubre el pastel... pues eso: dejará de hablarme... no querrá ni verme... ¡pero al fin acabará emborrachándose, que es el punto natural donde se juntan y desaparecen todos sus traumas! Nada, lo dicho: ¡manos a la obra, Evelino! *(comienza a rebuscar por toda la casa)* A ver, a ver... ¿qué hay por aquí?... Tiene que ser algo “cinematográfico”, tratándose de Julio... ¡Hum!... ¿qué tal... Rita Haywort? *(va sacando por ahí un vestido y los complementos necesarios. Comenzando a vestirse y adoptando poses del personaje que se propone representar)* ¡Menuda Gilda voy a estar hecha! ¡Prepárate, Glenn Ford!, porque esta vez, como no andes fino... ¡la hostia te la llevas tú!

Concluída su caracterización, Evelino ensaya posturas, andares, gestos y muecas. Derrocha sensualidad y sofisticación por doquier... ¡hasta sentirse en la mismísima piel de la Haywort!

(hácese el oscuro)

Escena cuarta

*“El jardín de Rosa”: atmósfera cerrada y clima que invita a la ensoñación y la aventura. Arropado por la penumbra, **Evelino** Haywort afina los instrumentos de su inminente actuación: ademán sofisticado, mirada penetrante, cruce de piernas provocador... cuando, inesperadamente, emerge de la calima un **curioso personaje** vestido, o más bien disfrazado, de jovenzuelo marchoso y arrogante. Parece todo un compendio juvenil de los últimos dictados de la moda, que se hubiera ceñido alrededor de un cuerpo maduro, apretándolo hasta hacerle saltar, disparatadamente y por lugares insospechados, los inevitables “michelines” de la edad. Ofrece un cuadro absolutamente grotesco. Camina hacia la barra, justo en frente, sin reparar en la presencia de aquella “mujer”. Allí, ciertas poses y actitudes de afectado galán dan pie a Evelino para percatarse de que el extraño y estrafalario personaje no es otro sino **Julio**. Evelino literalmente no sabe dónde meterse, presa de un súbito y embarazoso ataque de bochorno. Lanza aquel una mirada tan altiva y peliculera a todo el espacio abarcable, que apenas si se fija en la presencia de “Rita Haywort”. Se hace sercir una copa y, cuando ya la está apurando, algo le dice que debe volver el rostro hacia donde “ella” se encuentra. Cree reconocerla pero duda. Evelino acentúa su interpretación lo mejor que puede, aunque no deja de cometer alguna imprudente torpeza. Julio, por fin, se decide: repite el gesto de los dedos que hiciera la vez anterior para que suene la melodía adecuada; se atusa el cabello con escaso disimulo, se estira, comienza a caminar con paso cinematográfico y... ¡vuelve a tropezar con el mismo obstáculo del anterior encuentro, quedando suspendido en semejante postura!*

Evelino lanza una sonora y grave risotada que enseguida corrige para que suene aguda y femenina. Levántase Julio desconcertado y quédase mirando, sin saber qué hacer, a la misteriosa “dama” que salta en su asiento retorciéndose de risa.

JULIO – *(sonriendo tontamente)* ¡Ha tenido gracia!, ¿eh?... *(modera “ella” el tono escandaloso de su risa)* Parece cosa del destino... el hombre, ya se sabe, ¡es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra!... ¡Quién lo iba a decir!: ayer... hice el patoso... y hoy, para no ser menos, ¡repito el número!

EVELINO – *(a punto de hablar, pero reprimiéndose rápidamente la intención para no delatarse por la voz, le indica con un gesto expresivo que el asunto carece de importancia)*

JULIO - ¿Te importa que me siente aquí... un rato? ¡Bueno!, si no es molestia, ¡claro! *(no le pone objeción)* ¡Gracias! *(siéntase a su lado)* ¿Vienes mucho por aquí?... Yo sólo a veces... Es un sitio agradable, aunque... no es frecuente encontrar a chicas como tú... en lugares como este...

EVELINO – *(volviendo el rostro, lleno de vergüenza ajena por tamaño “derroche de ingenio”)*

JULIO - ¿He dicho algo que no debía?

EVELINO – *(indicándole que aguarde mientras hurga en su bolso y extrayendo del mismo, a modo de premio a su inventiva, ¡una reproducción en plástico dorado de un óscar procedente, sin duda, de un todo a cien!)*

JULIO – *(leyendo la inscripción)* “Al mejor guión original”... ¡Vaya!, ¡qué graciosa! ¡Tienes sentido del humor! Me alegro... *(súbitamente)* ¿Te apetece tomar algo?

EVELINO – *(pasmado, intentando reaccionar de algún modo sin recurrir al habla)*

JULIO - ¿No dices nada?... ¿Por qué no hablas? A lo mejor te estoy molestando y... *(tratando de levantarse)*

EVELINO – *(deteniéndolo con una mano y señalándose la garganta)*

JULIO - ¡Estás afónica! *(tras asentir “ella” con la cabeza)* ¡Claro!, por eso no quieres beber: ¡las bebidas frías y el alcohol son muy malos para la garganta!... Bueno, pues... ¡yo me llamo Julio!, ¿y tú?

EVELINO – *(después de pensárselo un instante, señalando vivamente a todo el conjunto del local)*

JULIO - ¿Manos volando?... ¡no!... ¿Aspavientos?... ¡tampoco!... ¿Este lugar?... ¡Sí! Este lugar es... ¡El jardín de Rosa! ¡Te llamas “Jardín”!... ¡no! *(prosiguiendo ante la insistencia de “ella”)*... Si no es Jardín... puede ser... ¡Jazmín!... ¡no!... ¿Huerta?... ¡tampoco!... ¿Planta?... ¡nada!

EVELINO – *(agitándose de desesperación)*

JULIO - ¿Semilla?... ¿Oliva?... ¿Tronca?... Castaña, Pino, Palmera, Abedul, ¡qué sé yo!...

EVELINO – *(dándole el alto y volviendo a hurgar en su bolso, para extraer ahora... ¡una espléndida perfumada rosa!)*

JULIO - ¡Ah, claro!: ¡El jardín... de “Rosa”! ¡Te llamas Rosa!... ¡Era evidente! Es... un nombre muy bonito... ¡y muy original!

EVELINO – *(mostrando escepticismo y recogiendo la estatuilla que había dejado delante, abandonada, como queriendo indicar que ahora es “ella” quien se ha ganado el premio a la ocurrencia)*

JULIO - ¡Lo digo en serio! Ya supongo que a ti... te parecerá una tontería... *(comenzando a mostrar el nerviosismo típico de quien va a declararse)* ¡debe de haber tantas “Rosas” por ahí!... ¡pero tú eres diferente!... se ve... ¡que eres una rosa de cuerpo entero!, ¡o de tallo entero!... *(comienza a despertar en “ella” un vivo interés)* quiero decir... que no me pareces tan sólo... un nombre manido arrebatado a una flor común. Creo, sinceramente, que tú eres mucho más. ¡No sé si sabré decirlo con las palabras adecuadas!, pero... yo te veo más bien como... ¡como una rosa de verdad que se ha hecho mujer!... ¡una rosa extraña!... ¡que no se parece a otra de este jardín!...

EVELINO – *(boquiabierto, conmocionado, derretido...)*

JULIO – Por eso creo que tu nombre es original, además de apropiado, ¡igual que en el cine!... ¿Recuerdas aquella película tan famosa de Bette Davis?: “Eva al desnudo”. ¡Ella también llevaba el nombre adecuado!... Sin embargo ayer, cuando te vi, tuve otra sensación. Hoy no lo pareces, pero ayer... ¡me recordabas más a “Rita Hayworth”! ¡Parecías un fotograma de ensueño clamando por un galán que le diera vida!

EVELINO – *(inclinando la cabeza y abriendo los ojos, en una mezcla de asombro y contrariedad)*

JULIO – Claro, que... ¡eso poco importa! Te prefiero así, como lo que eres: ¡una verdadera rosa!... una rosa que abandona la tierra de donde brotó *(acercándose lentamente a “ella” con un punto de pasión agresiva)* ¡para plantarse en otro jardín y dejarse regar con gotas de tormenta!

EVELINO – *(volviendo a abrir la boca y echándose ligeramente hacia atrás, sorprendido por el acoso, aunque visiblemente halagado)*

JULIO - ¡Una rosa de tallo entero!, *(comenzando a echarle las manos por todo el cuerpo)* ¡de tallo erguido que al asirlo clava en la piel sus espinas, causando profundas e indelebles heridas de amor!...

EVELINO – *(cerrando los ojos, a punto de dejarse llevar por la fuerza del deseo que ya siente recorrerle por todo el cuerpo... De pronto, se levanta lleno de confusión y se aleja unos pasos)*

JULIO – *(levantándose y acercándose a “ella” decidido)* ¡Rosa!: ¡te he estado esperando tanto tiempo! *(comienza a tomarle la cintura y ya avanza sus manos hacia el pecho)*... ¡Rosa!...

EVELINO – *(tratando de recomponerse el vestido, preocupado por evitar que Julio traspase la lencería y palpe la cruda realidad. Lo cual, de producirse, ¡seguro que no le hace ninguna gracia!)*

JULIO – *(prosiguiendo en su afán, terco e irreductible)* ¡Lo mejor es relajarse y abandonar el cuerpo al vuelo arrebatado de la pasión!... ¡Rosa!...

EVELINO – *(zafándose como puede y luchando, al mismo tiempo, contra Julio y contra su propio deseo reprimido. Tras unos momentos de*

indecisión, logra desprenderse del acoso, alza la mano con furia y ¡le suelta un sonoro tortazo! Acto seguido, y con la mayor dignidad del mundo, se va por el fondo dejando en el aire el ritmo preciso de su taconeo)

JULIO – *(quedándose un rato con la mano en el rostro, sin saber qué decir)... ¡Rosa!...*

EVELINO – *(regresando decidido hasta Julio: se le acerca y le da un amoroso beso en los labios. A continuación, vuélvese y se va del mismo modo hasta desaparecer entre la bruma)*

JULIO - *¡Qué mujer!... ¡qué dignidad de mujer!... (soltando una gran risotada y dejándose caer en el asiento) ¡Esto se merece un trago! (levántase y dirígese a la barra) ¡Camarero!: ¡una copa para celebrar lo que, a ciencia cierta, va a ser una gran aventura! ¡Quién sabe!: ¡quizá sea la definitiva!... quiero decir “la aventura”, no la copa... ¡Soplan vientos favorables ¡La gloria aguarda en Eldorado! (a voz en grito) ¡A por Eldorado!*

(hácese el oscuro)

Escena Quinta

Sentado y mostrándonos su rostro de conquistador victorioso, Julio, en el apartamento de su amigo, haciendo gala de una memoria proboscidia, da rienda suelta a sus extraordinarias dotes de conferenciante aficionado.

JULIO - ¡A tierra conquistada!, ¡como los Almogávares en el Imperio de Oriente!... *(elevando la voz)* ¡Oye, Carahostia!: ¿tú conoces la historia de Roger de Flor y los Almogávares?... *(para sí)* ¡Seguro que no! ¡A ti sacándote del bolero y la copla española!... *(de nuevo en voz alta)* ¡Habría que hacer una película sobre ese tema! Que yo sepa, ¡nadie la ha hecho todavía!... ¡Escucha, Carahostia, que voy a instruirte un poco!: *(levantándose y echando a andar por la sala)* Corría el año de gracia de 1303 en el Reino de Aragón cuando se fundó, al mando del capitán Roger de Flor, la Gran Compañía Catalana. Eran los Almogávares un grupo de mercenarios aventureros e intrépidos, que se habían hecho famosos por sus hazañas en Sicilia al servicio de su majestad Pedro III el Grande. Más tarde, fue el Rey de Aragón, Jaime II, el que les contrató para organizar la famosa y legendaria expedición a Oriente, donde llegaron a conquistar, bajo pretexto de ayudar al emperador Livio Andrónico, los ducados de Atenas y Neopatria... *(deteniéndose)* ¡Evelino!... ¡Evelino!, ¿me escuchas?... *(gritando)* ¡Evelino!

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Sí, Julito!, ¡te escucho!

JULIO – Como no decías nada...

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Es que si digo algo no puedo escucharte! *(exultante)* ¡Y es tan interesante lo que me cuentas!

JULIO – *(extrañado)* ¿Ah, sí?

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Huy, ya lo creo!

JULIO – *(para sí)* ¡Qué raro! Hace una semana, me habría mandado a Delfos a darle la paliza al Oráculo. ¡Oye, Carahostia!: ¿te encuentras bien?

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Me encuentro maravillosamente, Julio querido!

JULIO – Si te parece... podríamos dejarlo para mañana, a modo de entrega folletinesca... ¡y así, en veces, la historia te será más digerible!...

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Huy, que no, Julito! ¡Me encantan tus historias de golpe, en mogollón, como la embestida noble y furiosa de un toro bravo!

JULIO – *(para sí)* ¡Mmmmm!... Aquí hay algo que no marcha... ¡Oye, Evelino!: ¿te importaría dejar de hacer lo que estés haciendo y acudir, ipso facto, a mi presencia?

EVELINO – *(desde dentro)* ¡Cómo no, Julito, precioso!, ¡ahora mismito estoy contigo!

JULIO – *(vuelto de espaldas al lugar por donde ha de salir Evelino)* Decididamente, ¡aquí hay gato encerrado!, ¡vaya si lo hay... Y algo me dice que se trata de un gato al que no le van nada las mujeres...

*Mientras va haciéndose conjeturas, sale por el extremo opuesto **Evelino**, envuelto en una bata majestuosamente llamativa, exageradamente atrevida, luminosa, si bien plena de elegancia y sensualidad.*

EVELINO – *(marcándose una pose de lo más plantada)* ¡A su disposición, caballero!

JULIO – Mira, Evelio, yo... *(vuélvese hacia él y quédase atónito, boquiabierto, como petrificado)*... ¡Hala!...

EVELINO - ¿Te gusta? Me la he comprado en las rebajas. ¡Una bagatela!, ¡pura seda natural!... ¿No dices nada?

JULIO – Bueno, mira... ya sabes que yo... ¡de esas cosas no entiendo mucho!...

EVELINO – (*acercándosele con paso elegante*) Ni de estas... ¡ni de tantas otras!

JULIO – De... esas otras... es precisamente de las que quiero hablarte.

EVELINO – (*sonriente*) ¿Ah, sí? Tú dirás.

JULIO – En seguida. Pero, antes, siéntate, ¡ponte cómodo!

EVELINO - ¡Ay, gracias!, ¡qué considerado! (*sentándose*) Te escucho.

JULIO – Verás, Evelino, creo llegado el momento de que... aclaremos ciertas cuestiones... entre tú y yo.

EVELINO - ¿Aclarar... entre... tú y yo? (*disimulando*) No sé a lo que te refieres.

JULIO - Me refiero a que, últimamente, parece que están sucediendo... ¡cosas extrañas!, ¡cosas fuera de lo común!... aquí, en esta casa.

EVELINO - ¿Aquí? ¿Estás seguro de que es precisamente aquí donde ocurren esas... cosas raras que tú dices?

JULIO - ¡Sí, aquí!, ¡en esta casa! Cosas que... antes... ¡no sucedían!

EVELINO – (*preocupado*) ¿Acaso no estás a gusto? ¿Te falta algo? ¿No te sientes atendido?

JULIO - ¡No, no, no es eso! Muy al contrario, me parece que, desde hace una semana, no sé, noto algo así como... un exceso de celo, de cuidados, de atenciones...

EVELINO – Y eso te molesta.

JULIO - ¡Qué quieres que te diga! ¡A ver si no resulta un tanto fuera de lugar encontrarme todos los días el desayuno en la cama!; un desayuno al que no le falta nada: café, leche, tostadas, mantequilla, zumo...

EVELINO - ¡Y fruta del tiempo!

JULIO - ¡Y fruta del tiempo! Y que todas las tardes, al volver a casa, ya esté la cama hecha, mi ropa recogida, lavada, planchada, el pijama preparado,

la habitación arreglada y perfumada, y para remate final: *(con retintín histérico)* ¡un ramito de flores en mi mesilla!

EVELINO - ¡Un pequeño detalle! ¿No te gustan las flores?

JULIO – ¡Me gustan pero me abruma tanto detallito!

EVELINO – *(con un mohín de enfado)* ¡La próxima vez te pongo un cardo borriquero!

JULIO - ¡Lo que quiero es que no me pongas nada!, ¡que dejes de andar todo el día de aquí para allá con mi ropa poniendo lavadoras, tendiendo calzoncillos, planchando camisas y pantalones, doblándome los pañuelos y preguntándome a cada minuto qué me apetece para cenar! ¿Estamos?

EVELINO - ¡Bueno, chico, pues no cenas! ¡Ya pedirás cuando tengas hambre! Pero la ropa...

JULIO – *(recalcando las sílabas)* ¡Déjame la ropa en paz!, ¿quieres?... Que con tanto lavado, centrifugado y planchado, ¡ya parece más inmaculada que las vírgenes de Murillo!

EVELINO – No lo dirás por la que llevas puesta.

JULIO - ¿Qué le pasa a esta ropa?

EVELINO – Pues... *(insinuante)* ¡que no te la quitas desde hace una semana! ¡Y ya huele!

JULIO – Me la pongo todas las tardes para ir con Rosa... *(con intención)* ¡A ella, al parecer, le gusta!

EVELINO - ¿Le gusta que hiedas a ropa sudada?

JULIO – Mucho parece preocuparte lo que a Rosa pueda o no gustarle de mí, ¿no crees?

EVELINO – *(alarmado, tratando de disimular)* ¿A mí... de Rosa?... psé... ¡no creas!, ¡pura curiosidad... de amigo! Es lógico... que me interese... por ti... como amigo... ¿no?

JULIO – *(irónico)* ¡Por supuesto!, ¡claro! Es lógico que te intereses... por mí. Pero dime: ¿crees igual de lógico interesarte tanto... por Rosa?

EVELINO – *(alarmado y esquivo)* ¿Yo por esa... amiguita tuya? ¿La decapitada? ¡Me es totalmente indiferente!... ¿Qué te hace pensar una cosa así?

JULIO – Evelino: no sólo desde hace una semana, exactamente el mismo tiempo que llevo saliendo con Rosa, no dejas de colmarme de atenciones, cuidados y mimos, sino que, además, ¡todas las noches vienes a mi habitación para preguntarme qué tal van relaciones con ella!, ¡y hasta que no consigues una completa narración de hechos, incluida la descripción fiel de su vestuario y accesorios, con todo lujo de detalles, no me dejas dormir en paz! *(gritando)* ¿Eso te parece lógico?

EVELINO - ¡Chico!, ¡hay que ver cómo sois los hombres de tu calaña! Uno... por amistad... por curiosidad... por ser amable... se interesa por... tus cosas. ¿No crees?

JULIO - ¿Por mis cosas? Yo diría más bien... ¡por las de ella! Como si te viera: que cómo viste, que si me gusta su peinado, su perfume, su modo de caminar, el color de sus ojos, que si resulta verdaderamente atractiva y femenina, ¡esto último ya me lo has preguntado más de sesenta veces!, ¡que si patatín, que si patatán! ¿A eso le llamas tú un interés por mis cosas?

Quédase Julio clavando en los ojos de su amigo una mirada dura e hiriente, como hacer afilado. Evelino permanece un buen rato mudo, sin saber qué decir...

EVELINO - ¡Bueno!, no sé... yo... supongo que... las cosas de Rosa... son también... ¡tus cosas!, ¿no?

JULIO – Yo más bien diría que las cosas de Rosa parecen... ¡tus cosas!

EVELINO – *(nervioso)* ¿Las... más? ¡Huy, qué bobada! Si a mí... las mujeres, ya sabes tú que no...

JULIO – Las mujeres, no. ¡Pero los hombres, sí! ¡Hablemos claro de una vez, Carahostia!

EVELINO – *(disimulando)* ¿Hablar? ¿Quién?, ¿yo?

JULIO – *(armándose de paciencia)* Está bien. Si quieres, no hables. Yo lo diré por ti, puesto que me he dado cuenta, casi desde el principio.

EVELINO - ¿De... todo? ¿Te diste... cuenta de todo? *(mientras dice estas palabras va hundiéndose cada vez más y más en el sillón, presa de un profundo pánico)*

JULIO – Evelino: ya no sólo me cuidas de una forma que va mucho más allá de la amistad, como si temieras perderme, sino que, incluso,... ¡te mueves y caminas como si fueras Rosa!

EVELINO – *(casi ahogado de miedo)* ¿Ah, sí?

JULIO – Sí. ¡Hasta usas el mismo perfume que ella!

EVELINO – *(entre sollozos)* El... mismo... perfume...

JULIO – Sí, el mismo. Y eso sólo tiene una explicación...

EVELINO – Sólo... una...

JULIO – Evelino...

EVELINO – *(tapándose los ojos, entre sollozos levemente perceptibles)* ¡Dios mío!, aparta de mí este cáliz y hágase tu voluntad, ¡pero procura que coincida un poquitito con la mía!

JULIO – Evelino: ¡tú estás celoso!

EVELINO – *(emergiendo los ojos de entre las manos y, poco a poco, alzando el rostro)* ¿Cómo?, ¿cómo has dicho?

JULIO – *(con naturalidad)* Sí, lo que has oído: ¡tú estás celoso de Rosa!

EVELINO – (*poniéndose, súbito, en pie*) ¿Celoso? ¿Quién?, ¿yo?, ¿de Rosa? ¿Has dicho celoso... de Rosa?

JULIO – Sí, claro, ¿de quién va a ser? Por eso te comportas de ese modo. Y como temes perderme, no haces más que llenarme de atenciones y tratar de imitar, en todo lo que puedes, a Rosa, aprovechándote de lo que yo te cuento de ella.

EVELINO - ¡Celoso!, ¡ja!, ¡tiene gracia!, ¡ja, ja, ja!, ¡tiene mucha gracia!, ¡ja, ja, ja!, ¡tiene muchísima gracia!, ¡ja, ja, ja, ja, ja!, ¡es para partirse de risa!

Mientras va diciendo esto u otras cosas semejantes, Evelino camina por toda la sala, retorciéndose de risa, saltando, brincando, subiéndose a los muebles, dejándose caer en el sofá con las piernas en el aire, revolcándose por el suelo, etc... sin parar de reír como una loca...

JULIO - ¡Eso!, ¡tú riéte, riéte como lo que eres!: ¡una vulgar loca, muerta de celos!

EVELINO - ¡Estoy muerto de celos por Rosa!, ¡ja, ja, ja, ja, ja!... ¡Soy el Othelo de las locas!, ¡ja, ja, ja, ja, ja!...

JULIO - ¿Quieres dejar de hacer el payaso, Carahostia? ¡No le veo la gracia!

EVELINO - ¡Pues la tiene!, ¡ja, ja, ja!, ¡ya lo creo que la tiene! (*haciendo un gran esfuerzo por calmarse*) Y... dime, Julito, precioso: ¿tanto crees que se me nota?

JULIO - ¿Qué estás celoso? ¡Es evidente!: llevo días descargando contra ti el grueso de mi filmografía y varios tomos de la Historia de Menéndez Pidal; y tú... ¡ni rechistar! Antes no te comportabas así.

EVELINO – A lo mejor es... ¡que ahora sé apreciarte en lo que vales!

JULIO – Mira, Carahostia, dejemos esto bien claro desde un principio: tú sólo eres un amigo...

EVELINO - El mejor que tienes.

JULIO – El único que me queda. Y es lógico que desees, dada tu “marginal condición”, que nadie se interponga entre nosotros, pero... lo mío con Rosa... ¡es diferente!

EVELINO - ¿Lo “tuyo”... con Rosa? ¿Qué es “lo tuyo” con Rosa? ¿Algo serio, acaso?

JULIO – Sea lo que sea, sólo a mí me incumbe.

EVELINO - ¿Sólo a ti? ¿Y a ella?, ¿tampoco le incumbe?

JULIO – Pues... ¡supongo que sí!

EVELINO - ¡Sólo lo supones!

JULIO - ¡Sí, sí!, creo que a ella le incumbe... pero en cualquier caso lo cierto es que... ¡tú ahí no pintas nada!

EVELINO – Ya... claro... nada. (*quédanse los dos un rato en silencio*) Dime, Julio: ¿estás enamorado de ella?

JULIO – Bueno, yo... ¡a mi manera!...

EVELINO – Sin rodeos, Julio. ¿Estás enamorado? Di: ¿la quieres, sí o no?

JULIO - ¡Sí, claro que la quiero!

EVELINO – Y... ¿ella te corresponde?

JULIO – Creo que sí. ¡Bueno!, lo cierto es que aún sólo hemos estado unas tardes tomando unas copas, mirándonos a los ojos, cogiéndonos de la mano y besándonos en un rincón. Apenas he podido hablar con ella; está algo afónica, ya sabes.

EVELINO – Lo sé. Es perfecta para ti: ¡sin cabeza y muda!

JULIO – No será para siempre. En cuanto recobre la voz, estoy seguro de que me descubrirá todos los secretos de su extraño mundo. Es... ¡tan enigmática!

EVELINO – (*como traspuesto, la mirada perdida*) ¡Tan diferente!

JULIO – (*en la misma disposición*) ¡Una verdadera rosa!

EVELINO – *(igualmente)* ¡Una rosa extraña!...

JULIO – *(igualmente)* ¡Una rosa que abandona la tierra de donde brotó!...

EVELINO Y JULIO – *(al unísono, en dicha disposición)*... ¡para plantarse en otro jardín y dejarse regar con gotas de tormenta!...

EVELINO – *(volviendo lentamente el rostro hasta encontrarse con la mirada suspicaz de Julio)* ¡Ay!... ¡perdona, chico!... es que... como me has contado ya... tantas cosas de ti y de Rosa, pues... ¡eso!, ¡que me las sé de memoria!... Por cierto: ¡son unas palabras muy bonitas!... ¡llenas de sentimiento! A mí, en cambio, nadie me ha dicho... jamás... ¡unas palabras como esas!

JULIO - ¡Vamos, Carahostia, tienes que aprender a aceptar la realidad!: en el mundo hay otros hombres aparte de mí. Y por otro lado, conmigo no tendrías nada que hacer: yo, en cuanto siento el contacto íntimo de alguien que no huele a hembra, ¡me revuelvo furiosamente!, ¡no puedo soportarlo!

EVELINO - ¿Estás... totalmente seguro?

JULIO – Si quieres, te la presento. ¡Y así te convences!

EVELINO - ¡Ni se te ocurra!

JULIO - ¡Algún día habré de hacerlo! ¡Y más vale que vayas acostumbrándote a su presencia!

EVELINO – *(fuertemente alarmado)* ¿Piensas traerla a mi casa?

JULIO - ¿Tanto te molesta? ¡Es lo lógico! ¡No pensarás que me conforme con cuatro magreos mal dados en un rincón oscuro!

EVELINO – *(nervioso)* Sí, claro, lo entiendo, pero... no sé... quizás a ella... ¡yo no le haga mucha gracia! ¡Y ella a mí tampoco! ¡Piensa en mi reputación ¡Qué van a decir mis amigos cuando se enteren de que una mujer ha entrado en mi casa!

JULIO – Carahostia: ¡decididamente estás muerto de celos!

EVELINO – *(haciendo pucheros a modo de disimulo)* Bueno, sí, ¡un poquitín!... ¡estando tú tan enamorado de la decapitada!...

JULIO – Lo estoy. Y no vamos a darle más vueltas al asunto. *(mirando su reloj)* Si continúo aquí de cháchara contigo, llegaré tarde a la cita de esta noche. ¡Ya sabes que a mí me gusta llegar temprano!

EVELINO - ¡Para beberte toda la barra!

JULIO - ¡No me hagas escenas, Carahostia!, ¿quieres?

EVELINO – Está bien, está bien. No me interpondré entre tú y... “la mudita”. ¡Anda!, vete ya si tanta prisa tienes.

JULIO - ¡Así me gusta, Carahostia!: ¡con deportividad! *(yéndose)* ¡Nos vemos! *(da unos pasos en dirección a la puerta; de pronto se detiene y vuélvese a él)* ¡Ah!: ¡y no se te ocurra hacer ninguna bobada! Eres un tanto aficionado al melodrama y... ¡abusas demasiado de los somníferos!

EVELINO - ¡Descuida, Julio!, ¡nada de escenitas!

JULIO – Pues... ¡a lo dicho y hasta mañana, Carahostia! *(se va por el lugar indicado)*

EVELINO – *(andando, nervioso, de un lado para otro)* ¡Ahora sí que se ha liado buena!: ¡Julio se enamora de Rosa, que soy yo, pero no de mí, que soy Rosa! Lógicamente quiere acostarse con Rosa, que soy yo, pero no quiere ni de lejos hacerlo conmigo, que soy Rosa; y si Rosa, que soy yo, llevada de la debilidad, accediera a costarse con él, que nada sospecha de mí, le descubriría que ella no es ella ¡y que yo soy Rosa!... ¡Buena se ha liado!... ¡Y lo peor no es eso! Lo peor es que yo... yo... *(deteniéndose)* ¡yo creo que me he enamorado de Julio! ¡Y aquí no hay Rosa que valga! ¡Soy yo, Evelino, el que de verdad se ha enamorado de Julio!... ¡Sí!, ¡ya sé que es un palizas y un patoso!, ¡pero yo lo quiero tal y como es!... ¡Ay, Julio!: ¿por qué tuviste que hablarme con aquellas palabras tan gratas al oído?; ¿qué voy a hacer ahora?... ¡Tendré que contarle la verdad!... *(volviendo a andar)* ¡No eso, no!, ¡ni hablar! Si se entera, me mata. ¡Y yo no tengo madera de héroe!... Pero algo tendré que hacer... *(deteniéndose, súbito)* ¡Un momento! ¿Y si en vez de decírselo yo... se lo dijese Rosa?... ¡Claro!,

¡ella podría dejarle!, ¡lo han hecho tantas ya!... ¡Venga, en marcha!: ¡hay que arreglarse para la cita, antes de Julio se lo beba todo! *(comienza a vestirse y arreglarse como lo hiciera en anterior ocasión)* ¡Habrá que esmerarse!: ¡una despedida repentina siempre mueve a la sospecha! *(enfúndase el vestido, las medias y cálzase los zapatos de tacón. Hecho lo cual da paso al acicalado)* ¡Hala!, ¡chapa y pintura para presumir de carrocería nueva!... ¡Bonita forma de derrochar unos potingues que van carísimos! Desde luego, ¡la mayoría de los hombres no se merecen los sacrificios que han de hacer tantas y tantas mujeres! Y total, ¿para qué?, si luego no las hacen ni caso... ¡Ay!, pero ahora que lo pienso: ¡Rosa es muda!, ¡está afónica!... A no ser que... ¡por carta! ¡Eso es!, ¡como en las películas!... Claro, que... ¡entregándosela “yo misma” en persona, sin esconderme!, ¡como una tía legal! ¡Hecho! *(rebusca por diversos lugares hasta encontrar papel y bolígrafo)* ¡Ha de ser una carta dura, sin concesiones!, porque si se me escapa alguna monadita tierna... ¡se me cuelga del “body” y ya la hemos vuelto a liar! *(siéntase y comienza a escribir)*

“Querido Julio:

Por la presente voy a decirte lo que seguramente aún no te he dicho nadie. Para empezar sabrás que una serbidora no se chupa el dedo como a lo mejor a ti te ha parecido...”

*(mientras va decayendo el tono de su voz, **hácese el oscuro**)*

Escena sexta

*Aire denso en **El Jardín de Rosa**, cargado d tabaco y misterio: ante su habitual vaso largo de whisky, **Julio** lee en voz alta, con dificultad por la oscura ortografía, la carta escrita por Evelino. Éste, representando su papel de **Rosa**, observa detenidamente sus reacciones...*

JULIO – “... lo que hasta aora no te avía dicho es que vivo en casa de una amiga la cual a su vez resulta que es amiga de una de tus amigas con la que as salido y me a contado cosas horribles de ti. Yo creo que esajera un poco pero por lo que me cuenta especialmente lo de que eres un alcólico perdido, un palizas insoportable que marea a todo el que se pone a tiro con interminables discursos de historia y cine, un don Juan de poca monta, un irresponsable, un inmaduro a pesar de la edá y un perfecto patoso, creo que lo mejor es que lo degemos. Yo no soy quien para juzgarte y poco me importa si todo eso es cierto o no pero sí es verdá que me asusta mucho no poder comprenderte y acerte un desgraciado y tú a mi una hinfeliz. Por eso pienso que bale más no ir más ayá de donde emos yegado antes de que sea demasiado tarde y ebitar acernos daño, sobre todo a mi que soy más débil. Además según me cuenta mi amiga y las amigas de mi amiga, resulta que te as ido a vivir con un rarito de esos que nunca va con mujeres y que a lo mejor como ya te an dejado todas, salvo una servidora, es natural que empieces a fijarte en un hombre y qué mejor modo de iniciarte que con un buen amigo. Ya te e dicho que yo no te juzgo pero debes comprender que no deseo compartirte con nadie. En fin, Julio, por todo lo dicho y por el bien de ambos debemos cortarlo aquí. Sin mal rollo, con cariño, como un bonito recuerdo. Deseando averte echo feliz durante estos días se despide de ti con u beso:

Rosa

“P.D. también me a dicho mi amiga que según la amiga de otra de tus amigas no eres más que un engreído y un jilipoyas pero yo, como quien oye yover.”

(tras echar un buen trago del vaso) ¡Bueno, Rosa!, ¡vamos a ver!: ¡esto parece una locura! ¡No puedo creer que verdaderamente seas tú la autora de esta carta! Dime: ¿la has escrito tú?

ROSA – *(asintiendo con la cabeza y bajando los ojos)*

JULIO – Es una broma, ¿no?

ROSA – *(negando del mismo modo)*

JULIO - ¿Y tú te crees toda esa sarta de sandeces acerca de mí?

ROSA – *(encogiéndose de hombros)*

JULIO - ¿Incluido lo de mi... supuesto rollo con el carahostia de Evelino? No sé lo que pasa aquí últimamente pero... ¡de un tiempo a esta parte no hago más que toparme con él! ¡Parece como si lo tuviera todo el día pegado al culo!

ROSA – *(gesticulando levemente con asombro)*

JULIO – Bueno... quiero decir... ¡figuradamente!

ROSA – *(asintiendo con la boca abierta)*

JULIO – En realidad... ¡lo que sucede es que está muerto de celos! ¡Sí!, ¡de celos por ti!, ¡figúrate!: ¡él corroído por los celos, mientras tú te despides!; ¡ni que lo hubiera planeado!... *(quédase un rato pensativo, la mirada perdida, mientras “Rosa” da vivas muestras de un nerviosismo contenido que trata de disimular como puede)*... ¿Será posible que... este carahostia... haya sido capaz de...? ¡Rosa!: ¡a mí no me la das! Esta carta será todo lo tuya que tú quieras, pero... ¡diríase dictada por otra persona!... ¡Otra persona a la que yo conozco muy bien!, ¡y que hasta ha llegado a imponerte su penosa ortografía!...

ROSA – *(arrebátandole, hecha un manojo de nervios, el vaso y apurando de golpe su contenido, dispuesta a recibir lo que haya de caerle)*

JULIO - ¡Parece que tienes sed! ¿Acaso estás nerviosa? *(levantándose)*
Pues vete tranquilizándote mientras voy a por más suministro. ¡Lo que tengo que decirte no se puede tragar así, a palo seco! *(dirígese a la barra y permanece allí un buen rato)*

ROSA – *(aprovechando la ausencia de Julio, aparte, para sí)* ¡Ya la he vuelto a armar! ¡Lo pongo a parir por carta para que se vaya con viento fresco... y lo único que consigo es que sospeche de mí! No me queda otro remedio que... ¡ser mujer!; ¡ser mujer como nunca lo he sido en mi vida! A mí... me gustaría... que fuera de otro modo, pero... ¡es imposible! ¡Debe ser cosa del destino! *(en tanto rumia sus dudas y temores, llega Julio sosteniendo una botella y dos vasos que depositará delante de ambos)*

JULIO – *(señalando el “suministro”)* ¡La noche puede ser larga! *(sentándose)* Mira, Rosa: esto cada vez está más claro. De algún modo, que ni sé ni me importa, ese carahostia con el que “cohabito” ha dado contigo y te ha contado toda esa retahíla de majaderías, ¡porque está celoso! Y como sabe que no va a conseguirme de ningún modo, ¡se le ha metido entre ceja y ceja alejarte de mí para siempre! ¿Cómo?, ¡muy sencillo!: ¡siguiendo el método de Margarita Gautier en la película de Georges Cúkor, protagonizada por Greta Garbo! El padre de él se presenta ante su amante y la convence para que deje en paz a su hijo, que tiene un gran futuro, mientras ella no es más que una buscavidas con un pasado tormentoso...

ROSA – *(abriendo exageradamente los ojos y la boca de asombro e incredulidad)*

JULIO – *(aprovechando su estupefacción para echar un buen trago)*
¿Sorprendida? ¡Es natural! ¡En un instante he desarmado toda tu coartada y, de paso, la del carahostia de Evelino!... ¡No es mal chico!, ¿sabes?, ¡pero le cuesta entender que un amigo y un amante son dos cosas muy distintas! Ignora que los amigos son como el agua... ¡y los amantes como el fuego!, ¡como creo que tú eres!

ROSA – *(pidiendo por señas algo para escribir)*

JULIO – Aguarda. Creo que por aquí... *(se palpa hasta hallar un bolígrafo y una libreta que le ofrece seguidamente)*

ROSA – *(escribiendo algo mientras él aprovecha para ingerir otra buena dosis. Arrancando la hoja y mostrándosela)*

JULIO – (leyendo) “Tú en el fondo no me conoces, ¿qué sabes de mí?”... ¡Claro!: ¡no podía ser de otro modo! ¿Ves cómo todo encaja perfectamente? Esto demuestra que tú también tienes un pasado tormentoso, ¡como Margarita Gautier! ¡Por eso accediste a escribirme esa espantosa carta!: ¡para que yo no entrara en tu jardín privado, tu jardín prohibido, y evitar así enfrentarte cara a cara con tu verdad oculta!...

ROSA – *(apartando la mirada de impresión y sorpresa, en un vano intento de acallar su interior)*

JULIO – Pero no había necesidad de ello. No me importa quién seas ni lo que hayas hecho: ni pretendo arrancar los pétalos secretos de tu jardín prohibido, ni regar con otra lluvia la tierra de donde brotaste... Yo... ¡yo sólo te quiero a ti!, a la mujer del presente, a la enigmática y misteriosa que un día entró en mi vida y me abrió con su mirada las venas, para envenenarme todo de amor, de ilusión, de ensueño... A ti te digo, Rosa: ¡eres ya la mujer de mi vida!, ¡la Rosa de mi jardín!

ROSA – *(dándose aire con las manos, con la hoja de papel, con lo que puede... y hundiéndose en el asiento, casi desmayada)*

JULIO – ¡Rosa!: ¿te encuentras bien? ¡Rosa!, ¡dime algo!... ¡aunque sea un suspiro!... ¡Rosa!...

ROSA – *(volviendo en sí, en un hilito de voz)* Me... me... me encuentro... ¡maravillosamente!...

JULIO – Anda, toma un trago.

ROSA - *(tras negar vivamente con la cabeza; apenas perceptible)* ¡Agua!... ¡sólo agua!...

JULIO - ¡Agua, claro!, ¡sí!, ¡ahora te la traigo! *(levántase y comienza a andar. De pronto se detiene y se da la vuelta)* ¡Rosa!, ¿te das cuenta?: ¡has hablado!

ROSA – *(llevándose, temerosa, una mano a la boca con rapidez y soltándola poco a poco para tratar de hablar, con esfuerzos asmáticos, en tono agudo fingido)* Ha... ha sido... ¡la emoción!... ¡Anda!, tráeme el... agua... por... ¡por favor!...

JULIO - ¡Cómo no!, ¡ahora mismo! *(dirígese a la barra y permanece allí mientras “Rosa” libera su pensamiento)*

ROSA – *(aparte, para sí)* ¡Ahora sí que ya no hay remedio!: ¡la música de sus palabras ha roto todas mis defensas, ¡y me es imposible resistir!... del todo imposible... resistir...

*Leve y lejana, comienza a sonar una melodía de fondo que ambos reconocen al instante. Vuélvese Julio, la mirada fija en los ojos de Rosa. Es el tema de “Gilda” interpretado por Rita Hayworth. Movidada por una fuerza interior que le obligara a expresarse, Rosa se levanta, camina, se contonea sofisticadamente y... ¡se arranca vocalizando la voz de la actriz, como si brotara de sus propios labios, ante la mirada extasiada y atónita de Julio! Llegado el final, éste se le acerca, se detiene frente a ella, alza la mano y... ¡le asesta un sonoro tortazo, cual si de Glenn Ford se tratara! Seguidamente, Rosa le rodea el cuello, se abrazan y se besan apasionadamente. Va cayendo la luz hasta **hacerse el oscuro**.*

Escena séptima

*Dicho lugar: en la barra **Julio** apura una copa tras otra. Tan cargado va, que todos sus gestos y hasta la melodía ambientadora resultan una caricatura grotesca de sus propias fantasías. En el rincón habitual hállase **Rosa**, como en anteriores ocasiones, si bien ahora con cara de circunstancia. Se le acerca Julio con el vaso en una mano y la botella en la otra. Tras depositarlos en la mesa, camina cerca de ella con paso corto, de un lado para otro. De vez en cuando Rosa hace algún movimiento revelador de que algo va a decirle... pero al fin se arrepiente o no acierta a articular palabra. Julio se detiene, la mira, la observa y...*

JULIO – *(algo desvocalizado por el alcohol)* ¿Qué?, ¿todavía sigues afónica?, ¿o esto también forma parte de tu juego?

ROSA – *(voz asmática y tono agudo fingido)* Voy mejorando. Estas cosas, ya se sabe, llevan su proceso.

JULIO - ¡Un proceso de dos semanas! ¿No te resulta... extraño?

ROSA - ¡No sé... qué quieres decir!

JULIO – *(sentándose)* ¡Vamos, Rosa!, ¡que ya no somos niños! Es evidente que... ¡algo raro hay en ti!

ROSA - ¿Tú... crees?

JULIO - ¡Ya me dirás!: te invito a mi casa y me pones excusas. Quiero acompañarte a la tuya y me sales con... “que si está muy lejos”... “que si los vecinos”... “que la gasolina va muy cara”... “que no vivo sola”...

ROSA - ¡Y es verdad!: ¡no vivo sola! Mi amiga... ¡ya sabes!... ¡no lo entendería!...

JULIO – *(levantándose)* ¡Yo sabré convencerla!: *(palpándose, orgulloso, el cuerpo)* ¡aquí hay tarea para las dos!, ¡filigrana y encaje de bolillos! *(acabando en una risotada)*

ROSA – Ahora eres tú el extraño.

JULIO – *(sorprendido en pleno trasiego)* ¿lo dices porque bebo? ¡Siempre lo he hecho!; ¡nada tiene de extraño!

ROSA - ¡Hace una semana sabías hablarme! ¡Quién sabe lo que hubiera hecho por ti, si me lo pides con aquellas palabras!

JULIO – La inspiración es muy caprichosa... ¡y hoy me niega la mano de nieve que, justo ayer, arrancaba notas de mi baja lira!... ¿Tal que así?

ROSA – *(recuperado el ánimo por la emoción)* ¡Julio!: ¡has vuelto a hacerlo!, ¿lo has hecho por mí?

JULIO – *(quitándole importancia)* ¡Aún me siento tu amigo!

ROSA – Yo te veo de otro modo. Los amigos son como el agua... que aplaca la sed. En cambio tú... ¡tú eres fuego!... fuego que despierta mi pasión... ¡y acabará por consumirme!

JULIO - ¡Tú sí que me consumes a mí! *(llena el vaso y echa un buen trago)* ¡Pero de ansiedad! O mejor dicho: ¡de ayuno y abstinencia!

ROSA - ¿Qué puedo hacer?

JULIO – *(tras beber de nuevo; acentuándose la desvocalización alcohólica)* Mira: ¿ves aquellas chicas de allí?, ¿las dos exuberantes del fondo? De momento están solas, ¡pero vienen pidiendo guerra! Y ahora observa: dame tu mano. *(cogiéndosela y llevándola a la entrepierna)* ¡Palpa bien aquí!

ROSA – *(soltando la mano)* ¿Qué te propones?

JULIO – Me propongo explotar con aquellas dos furcias... ¡cuando tú te vayas a casa!

ROSA - ¿Cuándo yo me vaya?

JULIO - ¡A la hora de la Cenicienta!, ¡como todas las noches!

ROSA - ¡Qué más quisiera yo que quedarme contigo!

JULIO - ¿Para qué?, ¡demuéstramelo!

ROSA – *(angustiada)* ¿Qué quieres de mí?

JULIO - ¿Harás lo que te pida?

ROSA - ¡Si está en mi mano lo haré!

JULIO - ¡Lo está!... ¡aunque no sólo en tu mano! Escucha con atención: *(mientras le susurra algo al oído, Rosa va abriendo, llena de asombro, los ojos y la boca)*

ROSA - ¿Aquí?

JULIO – Nadie se va a enterar. Casi ni se ve con esta luz. ¡Y tampoco la gente de este lugar es precisamente un dechado de virtudes!

ROSA – Pero, ¡Julio!, yo...

JULIO - ¿lo quieres hacer por mí?, ¿sí o no?

ROSA - ¡Por ti sí que quiero!, pero...

JULIO – Pues, venga, va, que yo te tapo con la zamarra para que se note menos. *(desabrochado el pantalón, la obliga a sumergirse literalmente en su entrepierna y a mover rítmicamente la cabeza de arriba abajo: primero despacio, con profusión y hasta con intensidad, para ir luego acelerando poco a poco el ritmo. Sucédense los jadeos de Julio y las libaciones de Rosa)... ¡Sigue así, Rosa!... ¡Así!... ¡ah!... ¡ah!... (intentando alcanzar el vaso, que semejante postura le impide) Un momento... ¡ah!... ¡Rosa!...*

ROSA – *(sacando la cabeza)* ¿Qué pasa ahora?

JULIO - ¡El whisky!... ¡no llego!...

ROSA - ¿Tenía que ser en este preciso instante?

JULIO - ¡Es que si no, no me motivo!... ¡Sólo es un momento! *(se incorpora lo necesario hasta coger el vaso; lo cual hace que Rosa quede arrodillada.*

Bebe con ansiedad) ¡Vamos!, ¡continúa! (*volviendo a obligarla*)... ¡Ah!... ¡ah!... (*prosiguen ambos así un buen rato, simultaneando Julio el placer sexual con el que le proporcionan sus trasiegos alcohólicos*)... ¡Así!, Rosa... ¡así!... (*comenzando a mirar descaradamente hacia donde se encuentran las dichas mujeres y al levantarse ligeramente para observarlas mejor, obliga a Rosa a realizar verdaderas posturas de contorsionista*)... ¡Eh!... ¡psst!... ¡psst!... ¡hola!...

ROSA – (*levantando la cabeza*) ¿Qué sucede por ahí arriba?

JULIO – Nada, cosas mías. Tú a lo tuyo.

ROSA - ¡Pues a ver si te concentras! (*volviendo a sumergirse*)

JULIO - ¡Así, Rosa!... ¡así!... ¡ah!... (*de nuevo a las busconas nocturnas*) ¡Eh!... ¡hola!... ¡psst!... (*haciendo señas con el reloj de que luego se verá con ellas*) ¡Ah!... ¡ah!... ¡a propósito, Rosaaaa!... ¿no crees que... ¡aaahh!... se te está haciendo tarde?... ¡ah!...

ROSA - ¿Mmmmmmmmm?

JULIO - ¡Que ya es tu horaaaaahhhh!...

ROSA – (*emergiendo*) ¿Quieres que te deje así?

JULIO - ¡No!, ¡no es eso! (*volviendo a obligarla*) ¡Vamos!, ¡que ya va! (*haciendo estallar el jadeo en expresión de orgasmo*) Aaaaaaaahhhhhh!... (*todavía de rodillas, Rosa levanta la cabeza y respira hondo, muy hondo, hasta recuperar el resuello, mientras él, tras abrocharse el pantalón, se pone en pie*) ¡Esto se merece un buen trago!... Aguarda, que voy a la barra a por más!

ROSA - ¿No... tienes... bastante?

JULIO – (*dando unos pasos con el vaso en la mano y apurando el contenido. Ya totalmente desvocalizado y perdiendo el control*) ¡Soy un “bozo” sin fondo!... (*haciendo señas exageradamente*) ¡Eh, chicas!... ¡yújuuu!... ¡ya “esdoy” libre!... (*mirando a Rosa*) ¡o casi!...

ROSA – (*levantándose*) ¡Julio!

JULIO - ¡Bueno!, no... ¡aún no me he “desbedido” de la Cenicienta!... *(gritando a todo el local)* ¿Sabéis?: ¡su amiga no le deja salir “bor” la noche!... ¡y mucho menos con “ganallas” como yo!...

ROSA – Pero, ¿qué es lo que pretendes? ¡Nos está mirando todo el mundo!

JULIO - ¡Y más “gue” van a mirar!, ¡pero no a ti, que “de” irás enseguida, como “dodas” las noches!... ¡sino a mí!, ¡que pienso abandonarme al furor de “aguellas” odaliscas!

ROSA - ¡Julio!: ¿es necesaria esta humillación?

JULIO - ¿Humillación?... ¡“gompensación” querrás decir!: ¡un “drabajillo” cutre en un tugurio!, eso es todo lo que recibo de ti, a cambio de mis sabias y bellas “balabras”!

ROSA - ¡Te di todo lo que podía darte!

JULIO – ¡“Boco” más de lo que me hubiera dado la mismísima Madre Teresa de Calcuta!, ¡que ya “dendría” morbo!... pero mi cuerpo se ha hecho un volcán que sólo puede ser “gompensado” *(señalando en la dirección de las mujeres)* ¡con dos buenos terremotos!

ROSA - ¡Pues vete con ellas!, ¿a qué esperas?

JULIO - ¿Es “esda” la reacción de una amante?... ¡“Hasda” Evelino, el “carahosdia”, le hubiera puesto más pasión!: ¡él no se dejaría “arrebadar”, así “gomo” así, una pieza tan “gotizada”!... ¡No me sirves, Rosa!, ¡no me sirves “gomo” amante!

ROSA - ¡Es que no puedo serlo!... Yo... ¡yo sólo soy un sueño!: ¡la Rosa de tu jardín!... ¡sólo eso!

JULIO - ¡Poca cosa p’a lo que yo “necesido”!... ¿Es “gue” tú no “dienes” necesidades?

ROSA - ¡Muchas, Julio, muchas!... pero fuera de mi jardín las tengo prohibidas.

JULIO - ¡Dices una “gosas” muy raras! ¡“Esdá claro que “esde” no es tu sitio! ¡Vuélvete a tu jardín, con tus sueños, tus “fandasías”, tus ilusiones, tus... necesidades prohibidas!... ¡y olvídate!

ROSA - ¡Me iré!... ¡pero no podré olvidar!

JULIO - ¡Todo el mundo llega a olvidar!

ROSA - ¡Se puede olvidar al amante!... ¡no al amor!

JULIO - ¡Allá tú!: ¡cada uno es “gomo” es! Y “esbero” que entiendas mi postura: ¡yo “buedo” dejar de ser el “gue” soy!... ¡tan vitalista como “ganalla”!... ¡En fin, Rosa!: sólo me queda decirte... ¡adiós!

ROSA - ¡Adiós... Julio! *(vuélvese despacio y comienza a caminar lentamente, con paso entristecido)*

JULIO – *(dirigiéndose a la barra)* ¡Eh, “gamarero”!: ¡lléname el ánfora, que las “desbedidas” me dan sed! ¡Ah!, ¡y échales de beber lo que se les “andoje” a esas dos hermosas daifas! *(a voz en grito)* ¡Esta noche va a desatarse gran tormenta en Eldorado!; y “aguellas” huríes serán las flores de este Jardín del Edén que regaré con mis efluvios! *(Rosa se da la vuelta lentamente, como si estas palabras le sugirieran una reacción)* ¡Son las mujeres de mi vida!

EVELINO – *(ya en frente de Julio, con su propia voz, que suena ahora más grave y masculina)* ¡No hay por qué hacerle ningún caso!: ¡toda su virilidad no es más que un mito!, ¡una patraña que se diluye en litros y litros de alcohol! *(Julio, sorprendido por la contundencia de esa voz que, sin duda, reconoce, gírase y quédase boquiabierto, atónito, sin poder reaccionar)* ¡Yo he sido la mujer de su vida!, ¡yo!, ¡Evelino!, ¡el marica que comparte techo con él!... ¡sólo techo!, ¡nada más!: la cama... ¡ni nombrarla en la propia casa!, ¡como a quien arrancan la lengua y el corazón y le obligan a comérselos a pedacitos!... uno a uno... ¡para que no se oiga el grito angustiado de su más profundo deseo!... ¡Porque yo aquí declaro que le he deseado como hombre, tanto o más que él a mí creyéndome mujer!... ¡Y hasta he aprendido a quererle! ¡Sí!, ¡a quererle!, que es como decir: a respetar en todo momento su condición y sus deseos... ¡aun sabiendo que jamás habrían de coincidir con los míos! *(avanzando unos pasos)* Pero durante dos semanas, ¡dos semanas!, yo he sido la única Rosa de su jardín, ¡y a pesar de toda su fachada de macho engreído, ha sido incapaz de notar la diferencia!: ¡el alcohol y su orgullo se lo impedían! Lo siento, Julio: ¡yo tampoco puedo dejar de ser el que soy!... *(irónico, hacia el rincón de las busconas)* ¡Ah!, y ustedes dos, alegres y atrevidas damas de la noche, les prevengo, en cuanto este pelma comience a largar su perorata de historia o de cine, lo más aconsejable para la salud es... ¡salir huyendo! Yo, por mi parte, ni me paro a pensar: ¡me abro! *(dicho lo cual, vuélvese y se va por el fondo, caminando con paso firme)*

JULIO – *(aún boquiabierto de asombro, dejando caer el vaso con estrépito)*
¡“Carahosdia”!... qué... ¿qué me has hecho?... *(avanzando torpemente en dirección a Evelino)* Yo... a ti... no te he hecho nada... *(mirándose la entrepierna)* ¿qué... me has hecho, “Carahosdia”?... ¡qué me has hecho!
(gritando) ¡Qué me has hecho!... *(sigue avanzando pesadamente)*...

(hácese el oscuro)

Escena octava

El apartamento de Evelino: llega este vestido aún, y muy a su pesar, como Rosa; la cara maquillada de amargura y el cuerpo encogido de tensión. Se descalza sobre la marcha con desgana, como si abandonara los zapatos a su suerte. Busca con ansiedad y desesperación algo por toda la casa...

EVELINO - ¿Dónde las habré puesto? ¡Tienen que estar por algún sitio! *(sigue buscando afanosamente)* ¿Por qué será que, cuando más necesitamos algo o a alguien, siempre nos da la espalda? *(casi resignado, dejándose caer en una butaca o sofá. Tras respirar hondo, como un fuerte suspiro)* ¡Que me olvide de él!, ¡ja!, ¡qué fácil!... ¡Claro!, ¡para ti es muy sencillo!: ¡aquí te pillo, aquí te mato!; y cuando ya me he hartado de ti, ¡hala!, ¡al cubo de la basura!... ¡Nada queda ya por hacer!... ¡Si al menos me hubiera dejado un bonito recuerdo!... ¡pero no!... ¡ni siquiera ese triste consuelo!: ¡sentir los recuerdos fijos como imágenes!, ¡imágenes de una película que sabemos de memoria y la ponemos una y mil veces, machaconamente, hasta perder la razón o morir de aburrimiento!... ¡lentamente!... ¡muy lentamente!... *(levantándose)* Así no puedo seguir... ¡Ya lo he intentado todo!: como Rosa de su jardín, no le basto, ¡me rechaza!; y como lo que soy... ¡le repugno!... *(caminando intranquilo, nervioso)* ¡Tienen que estar por algún sitio!... *(vuelve a rebuscar. Deteniéndose súbito)* ¡Sí!... es posible que... *(se va corriendo hacia un rincón donde hurga afanosamente. Volviendo con un frasco indefinido de algún fármaco, que muestra alzándolo)* ¡Parece mentira que algo tan insignificante pueda procurar una paz tan duradera! *(dejándose caer en el mismo anterior lugar)* ¡Bueno!, ¡a ver si pasa pronto esto! *(abre el frasco, lo vuelca sobre la mano y lo agita repetidas veces, extrañado)* ¿Esto es todo? *(con macabra ironía)* ¡Tiene gracia la cosa!, ¡tiene mucha gracia!... *(quédase pensativo observando una botella que hay en la mesa)* ¡Vaya!, ¡pero si es nada menos que el jarabe de Julio! ¡Un buen pelotazo

mezclado con esto y... adiós mundo cruel!, ¡quién te ha visto y quién te ve!
(*vacía el contenido del frasco, se lo lleva a la boca y va echando grandes tragos de la botella*) ¡Ah!... ¡qué sensación!... (*va recostándose hasta quedarse totalmente inmóvil, yacente*)

Por el fondo oye la voz aguardentosa de Julio, entonando la canción de "John el Largo" en "La isla del tesoro": "¡Ron, ron, ron, la botella de ron!... ¡Quince hombres sobre el cofre del muerto!, ¡ron, ron, ron, la botella de ron!..."

JULIO – (*llegando con una botella*) ¡Ron, ron, ron, la "bodella" de ron!... ¡"Guince" hombres sobre el cofre del muerto!, ¡ron, ron, ron, la "bodella" de ron!... (*deteniéndose*) ¿Cómo seguía?... "esdo"... ¡sí!: ¡Treinta hombres sobre el "gofre" del muerto!, ¡ron, ron, ron, la "bodella" de ron! (*echando un trago*) ¡A ver!... ¿dónde coños anda el "gofre" del muerto?, ¿eh?... ¿quién lo ha "esgondido"?... Ron, ron, ron, la "bodella" de ron!... ron... ron... ro... ¡Rosa!... ¡Rosita!... ¡Rosi!, ¿"esdás" ahí?... (*buscando por los lugares más inverosímiles*)... ¡Evelina!... ¡Rosita!... ¡Soy yo!: ¡tu bucanero feroz!... Ron, ron, ron... ¡Evelino!... ¿quieres dejar de hacer el "garahosdia"?... Evelino... ¿Evelino?... ¡no te hagas de rogar, "garahosdia"! ¡soy yo el que debería "esdar" enfadado! Y... ¡ya ves!, ¡tan alegre! (*encontrando a Evelino tumbado*) ¡Evelino!... qué... ¿qué coños haces ahí?... (*observando la botella que este ha dejado y depositando la suya*) ¡Vaya, vaya, con Evelino!, ¡y yo "gue" "de" creía un chico fino! (*acercándose y observándolo con extrañeza*) ¡Tienes muy mal "asbecdo"!, ¿sabes? ¡Pareces un cadáver, todo un señor cadáver! Por cierto: la palabra "gadáver" sabrás que viene del latín. Del "ladín": "gadáver", "gadaveris"; que también "significa" carroña. ¡"Garroña"!, ¡lo "gue" tú eres!: ¡un "bajarraco garroñero" que se aprovecha de la indefensión de su "bobre" amigo, o sea yo, sumido en la desgracia "sendimendal"!... ¡Vaya lote "gue" te has dado conmigo, so mamón!... ¡con qué deleite me la "sugcionabas", cacho "marigón"!... ¡Eso no ha "esdado" bien!, ¡no señor!... ¡Yo, que soy "gomo" un hermano mayor "bara" ti!, ¡que he hecho el gran esfuerzo de

venir a vivir “gontigo”, a tu “gasa”!, ¡“bara” que no estuvieras solo!; porque, dime, a ver, ¿quién va a “guerer” vivir con un “garahosdia” como tú?, ¿eh?... *(deteniéndose al observar el frasco vacío)* ¿“Gué” es esto?... ¡Coño!, ¡un “frasgo” de somníferos!... ¡vacío!... y... *(comenzando a temblar)* y tú... tú... ¡tú!... *(lloriqueando)* ¿Tú... ahí... tirado? ¿Te has tragado un “frasgo” de somníferos?, ¿y lo has empujado con una “bodella” de whisky? *(gritando y llorando a moco tendido)* ¡Serás animal!... Por... por lo menos *(hipando)*... ¡haber dejado... “endera”... la “bodella”!, p’a... ¡p’a lo que “de” va a servir ya!... ¿“Bor” qué lo has hecho, muchacho? Dime: ¿“bor” qué lo has hecho? ¿No dices nada?... ¡haces bien!... En semejante “esdado”... lo mejor es... ¡no decir nada!... ¡que lo digan los amigos!... ¡que para eso “esdamos”!... *(acércase a la mesa para coger una botella)* ¡Yo!, que soy tu mejor amigo, diré unas “balabras”... a modo de responso. *(levantando la botella)* Ya perdonarás, Evelio, tronco, pero es que sin “esdo” ¡no me inspiro! *(adelántase, sin soltar la botella, hasta el proscenio)* En “esdos gasos” el cine no da la talla; ¡en cambio el teatro!... ¡es otra dimensión!... ¡Escucha, “Carahosdia” *(echando un buen trago de la botella, como si se aclarara la voz para un recitado solemne, y tomándola cual si fuera la calavera del Hamlet)*:

Somos... o no somos; esta es la cuestión: si es más noble “aguandar” todas las putadas de este jodido mundo, o hacer de tripas corazón y, enfrentándose a ellas, ¡acabarlas!; vivir, beber, nada más, y con un trago... *(lo echa)* ¡decir que olvidamos el sufrimiento del corazón y los más de mil palos que recibimos a diario!... *(Evelino comienza a agitarse en su lecho y a estirar los brazos. A voz en grito)* ¿Quién aguantaría tanta basura, gruñendo y sudando bajo una vida fatigosa, si no tuviera la bebida, que nos hace soportar los males que tenemos... mejor que apetecer los bienes de que no sabemos?... ¡Cállate ahora!

Evelino, aún somnoliento, comienza a incorporarse y estirarse sin que de ello se entere, en absoluto, Julio. Este prosigue, pero ya en tono coloquial.

¡Cállate ya, Julio!, ¡que no dices más “gue” chorradas!... ¡No tienes ningún “resbeto” por tu amigo... muerto! (*el aludido se sobresalta pero nada dice*) ¡Deberías haber dicho un panegírico “regordando” sus “gualidades”!: (*Evelino se levanta y sigue el monólogo con gestos de aprobación o reprobación, según el caso*) ¡“gómo” te acogía en su casa, cada vez que te quedabas compuesto y sin novia!... ¡“gómo” te cuidaba!, ¡te llevaba el desayuno!, ¡el ramito de flores!... ¡“gómo se hizo mujer sólo para ti!... ¡sólo!... ¡que ya “diene” mérito!... ¡porque él “siembre” fue un hombre!, ¡“dodo” un hombre!, ¡un pedazo así de grande de hombre!... eso sí: un poco “marigón”, ¡pero todo un hombre!; ¡un hombre que supo ser mujer “gomo” nadie!, ¡porque nadie “gomo” él te la...!, ¡te la...!, (*mirándose la bragueta y lloriqueando*) ¡te la...!, ¡te la...! (*gritando sin advertir la proximidad de Evelino*) ¡No tenías que haberlo hecho, “Garahosdia”!, ¡no “denías” que haberlo hecho!... ¿“Bor” qué lo hiciste?, ¿eh?... ¡dime!: ¿“bor” qué?...

EVELINO – (*puesto en jarras*) ¡Pues tampoco te importó cuando me la tragaba!

JULIO – (*volviendo y gritando sobresaltado*) ¡Aaaaaahhhhhh! (*dejando la botella y haciendo la cruz con los dedos*) ¡Vade retro, Nosferatu, “bríncipe” de Transilvania, “esbíritu” ectoplásmico o lo que seas!

EVELINO - ¡Deja de hacer el asno, Julito!, ¿no ves que soy yo?

JULIO - ¿Tú?... ¡ah!, pero... ¿no estabas muerto?

EVELINO - ¡Estoy mucho más vivo que tú!

JULIO – Y... ¿el “frasgo”?... el “frasgo” de somníferos... ¡está vacío!

EVELINO - ¡Claro que está vacío! ¡Como que me he tomado (*subrayándolo especialmente*)... la única pastilla que quedaba!

JULIO - ¿Sólo una?, ¿sólo una te has tomado?

EVELINO - ¡Sólo una!

JULIO – Pues... ¡no me “barece” serio!, ¡no señor!... ¡Cuando uno decide morirse, se muere!: ¡hay que ser “gonsecuente”!

EVELINO - ¡No digas más bobadas, Julio! ¡Anda, ven!, ¡acuéstate ahí, que estás que no te tienes!

JULIO - ¡Oye!, ¿sabes una “gosa”? ¡me alegro de que “esdés” vivo! ¡Pero aún debo cerciorarme!: ¡deja que te dé un beso!

EVELINO - ¡Julio!: ¡no me vengas ahora con zalamerías!, ¿quieres?

JULIO – *(infantilmente terco)* ¡Sólo un besito!, ¡sólo uno!

EVELINO - ¿El de Judas?

JULIO - ¡Un beso de amigo!, ¡“Garahosdia”!

EVELINO - ¿De amigo? Mira, Julio: cuando se va más allá de la amistad, no caben medias tintas; yo... ni puedo, ni quiero ocultar mis deseos. Y como amigo... ¡no te necesito!

JULIO – Eso significa... ¡que aún me “guieres”!, ¿no es cierto?

EVELINO – Eso significa que... ¡más vale que vayas pensando en cambiar de aires! ¿Sabes?: ¡no me gustaría tener que cambiar la cerradura!

JULIO - ¡Triste sino el de los “ingombrendidos”! ¡Ya que se me niega hasta un inocente beso!: ¡el de la “desbedida”, que por fuerza ha de ser el más sincero!

EVELINO – *(muy paciente)* Está bien, sólo uno, pero acuérdate mañana de recoger tus cosas, ¿vale?

JULIO - ¡Vale! *(acércale sus labios a la cara y le da un beso de niño)*

EVELINO - ¿Contento?

JULIO – “Denía” que cerciorarme antes de volver.

EVELINO - ¿Volver, a estas horas? ¿A dónde?, ¡si estás que te caes!

JULIO – ¡He de volver al “Gardín” de Rosa! *(haciendo amago de irse por la puerta)*

EVELINO - ¡Vamos, Julio!: por mí, puedes quedarte esta noche. ¡Incluso las que quieras hasta que encuentres algo! ¡Anda, ve a acostarte!

JULIO - ¡No, no, amigo!, ¡no lo “endiendes”!: si tú “esdás” vivo... quiere decir que... ¡ella también lo “esdá”! ¡Por eso he de volver!

EVELINO - ¿Ella? ¿Te refieres a Rosa? ¡Oye, Julio!: por muy borracho que estés, sabes perfectamente que... *(elevando la voz)* ¡Rosa no existe!

JULIO - ¡Sí que “egsisde”! ¡Tú la “greaste”!

EVELINO - ¿Yo?... ¡Yo sólo le di forma a tus fantasías, a tus más íntimos deseos! ¡No creé nada que, en el fondo, tú no quisieras!

JULIO – ¡“Gué más da eso ahora! ¡El “gasó” es que tú la “greaste”!, ¡y está viva!

EVELINO - ¡Bien, bien!, ¡como quieras!: ¡yo la creé!... pero no está viva, ¡está muerta!, ¿me oyes?, ¡muerta!

JULIO – No puede “esdar” muerta... “borque” es una ilusión... y las ilusiones... ¡no mueren “nunga”!... ¡“nunga”!

EVELINO - ¡Que te crees tú eso!: ¡las ilusiones también mueren!, ¡claro que mueren!; ¡mueren porque nosotros las matamos! Y entre tú y yo hemos matado a Rosa. O si lo prefieres: ¡se ha suicidado!... ¡se ha suicidado esta noche, incapaz de resolver el conflicto que le habíamos creado!: ella te quería... pero no podía dejar de ser lo que era; tú también, a tu modo, la querías... ¡pero no podías conseguir de ella lo que más deseabas!... No tuvo más remedio, pues,... ¡que aceptar su destino!

JULIO – ¡“Gonflicto” trágico!... ¡solución heroica!... sólo que... ¡sin héroes!, ¡ni tragedia “bosible” en el mundo prosaico de nuestro tiempo!... Muy “disdindo” al de la Grecia “glásica”!... ¡Escucha!...

EVELINO - ¡Ahora no, Julio!, ¡no es el momento!

JULIO – *(gritando)* ¡Escucha, “Garahosdia”!, ¡escucha con “adención”!... *(este se hace el loco y aprovecha el tiempo del discurso para cambiarse de ropa: va quitándose el vestido de Rosa, sus complementos, y acaba poniéndose la misma bata del principio)*... Los griegos, a la vista de un mundo cruel e “ingombrensible” más que a ojos de los dioses, inventaron la Tragedia. Diríase, pues, “gue” para ellos la vida era cruel... ¡y la escena,

trágica! Hoy, por el “gontrario”, la vida... la vida parece trágica; y por ello, la escena... ¡la escena ha de ser cruel!, (*gritando*) ¡sin héroes, “gomo” en una comedia!, ¡una comedia cruel!, ¡“gomo” la nuestra!... ¡esta que tú y yo representamos!... ¿Te das “güenta”, Evelino?... ¡Evelino!... ¡Evelino!

EVELINO – (*acabando de cambiarse*) ¡Sí, Julio, me doy cuenta!

JULIO - ¡Lo “nuesdro” es una “gomedía”!, ¡una farsa!... ¡una mascarada!... ¡por eso he de volver!

EVELINO - ¡Vale!, ¡como quieras!: yo he representado mi papel y tú el tuyo. Pero... ¡entérate de una vez!: ¡la comedia ha terminado!, ¡ya no hay Rosa que valga!, ¡no existe! ¡Como tampoco existe ese Julio mundano, seductor atractivo, inspirado poeta y galán de cine que has llegado a creerte! No es más que una ficción, una máscara, un personaje de comedia... de una comedia... ¡que has tomado por verdad!, pero... que... ¡ya ha terminado!

JULIO – ¿“Gomedía”... “agabada”? ¡“Imbosible”! ¡Eso es una “gontradicción” en los términos!: ¡la vida es la “gue” muere!, ¡porque es finita!, pero la “gomedía”... ¡la “gomedía” es eterna! ¡Nadie muere en una “gomedía”! ¡Tú mismo lo intentaste y no has “bodido”!

EVELINO – Es que... ¡la vida tiene esas cosas!: te mueres... ¡cuando has de morirte!, ¡no cuando te apetece!

JULIO – A mí... ¡no me “abetece” morirme!, ¡no me “abetece” nada en “absoludo”!

EVELINO – Entonces... ¡para qué seguir!: ¡vuelve al Jardín de Rosa!, ¡vuelve a representar tu papel, a vivir tu farsa... cuanto puedas! (*recogiendo el vestido, que había abandonado por ahí*) ¡Anda!, ¡llévate esto!: ¡es mi máscara!, (*arrojándose*) ¡ya no la necesito!

JULIO – (*tomando el vestido, así como la botella que había soltado antes*) ¡Me llevaré también la mía!, ¡por si la “necesido”!... ¡Suerte, “Garahosdia”!... ¡perdón!, “guise” decir... Evelino: ¡“búdrete” en el infierno de la vida!

EVELINO - ¡Ahógate... en el vino de la farsa, Julio! O quizá mejor, como dirían los cómicos: ¡mucho mierda!

(hácese el oscuro)

F I N